

Parménides. Quizá esto explique el sentido trágico que la vida humana tiene para Heráclito. La audición del Logos, luego de dar la comprensión de la vida, nos pone simplemente junto al ser. Porque el fundamento gusta de ocultarse y el Logos es su modo de aparición. Así el ser humano que habla con razón habla desde un fundamento que no se desvela ni en la opinión ni en lo común. Sólo algunos saben y pueden escuchar al Logos y con esto constituirse en sabios, aproximarse a un tipo de sabiduría que coincide plenamente con la intimidad religiosa.—E. T. G.

TECOZ HENRY (Francois): *L'arte regia di Socrate*, en «Rivista di Filosofia», 1953, vol. XLIV, núm. 4, págs. 416 y siguientes.

Según Jenofonto (Memorias, I, 1, 16), Sócrates, entre otras preguntas, se hizo la siguiente: ¿Qué cosa es el Estado, la política, el gobierno del hombre y el hombre de gobierno? Y consideraba indigno de un hombre libre no poder dar a ella cumplida respuesta.

Para esclarecer la naturaleza propia de la actividad política, Sócrates la parangona con otra actividad humana. El lenguaje griego facilita el parangón, pues para el griego toda actividad es un «arte», en un sentido parecido al que actualmente damos a la palabra «técnica».

Una técnica deberá ser la política auténtica. Mas esto significa dos preguntas: ¿Qué grado ocupa en la jerarquía técnica? ¿Será una técnica como las otras, una habilidad más, productiva de un resultado utilizable para todo fin?

A la primera pregunta Sócrates responde que se trata de la más comprensiva de las técnicas. La política ejerce su autoridad sobre todas las artes, que le están, sin excepción, subordinadas. De ahí su calificación de *arte regia*.

Esta última denominación lleva implícitamente resuelta la segunda pregunta. La política no es un medio de acción o un instrumento; si lo fuese, no merecería aquella calificación. Su función es otra. ¿En qué consiste?

La política representa la ciencia cuya adquisición imposibilita el uso incorrecto y dañoso de las infinitas acciones que nos procura la técnica.

¿Qué entiende Sócrates por utilización correcta de los medios de acción disponibles? Según los dictados de la ciencia del bien. No hay más valor auténtico que la cualidad moral del sujeto. Esta ciencia del bien nada tiene de común con lo que llamamos comúnmente ciencia, pues ésta no es otra cosa que medios de acción, cuyo buen uso depende de nuestra orientación moral. Y la ciencia del bien es precisamente la que determina esta orientación. La adquisición de esta ciencia no procura al sujeto una información más, sino que le «formará».

La actividad específicamente política consiste, pues, en usar toda técnica para buen fin, esto es, para el bien de la comunidad y de quienes a ella pertenecen, sin apreciar el interés personal del gobernante. ¿Qué se entiende por bien?

Si no hay un criterio absoluto que permita apreciar el comportamiento, si todo programa de acción es legítimo, si cuando se habla de bien y de mal sólo nos referimos a palabras, la actividad humana no tiene sentido, y la fuerza bruta se enseñoorea de todo. Y no es suficiente objeción la variedad de concepciones concretas del bien, cuando en el fondo se coincide en las mismas fórmulas morales que todos aceptan.

El acceso al arte regio sólo puede, pues, obtenerse con un esfuerzo prolongado y tenaz del sujeto sobre sí mismo, con acción interior. Este esfuerzo lleva a una purificación de conciencia destinada a transformar ésta en algo más iluminado en cuanto a la Naturaleza y fin del hombre. Porque así reside el conocimiento de su verdadero bien. Y el que se esfuerza en este sentido Sócrates lo llama «filósofo».

Lo que resulta imperdonable —advierte Tecoz— a los ojos de Sócrates, es la serena y complacida ignorancia de las condiciones morales que debemos satisfacer para practicar, al menos en cierta medida, una política digna de este nombre. Esta ignorancia inconsciente que pasa por sabiduría, es un error imperdonable; porque para intentar obrar correctamente en la práctica de la vida, es preciso tener un ideal y que este ideal no sea una quimera o una monstruosidad.—I. PEDRÓ PASTOR.